

APERTURA DE LA CAUSA DE CANONIZACIÓN DEL P. METOLA
Parroquia del Divino Salvador. Vejer de la Frontera.
15 octubre de 2019

Palabras de Mons. Rafael Zornoza, Obispo de Cádiz y Ceuta en la clausura del acto.

Es una alegría muy grande para toda la Diócesis abrir la causa del P. Francisco González Metola, conocido familiarmente como “P. Jandilla”, en su propia casa. Este acto de apertura oficial de la causa es ya la culminación de un primer trabajo y esfuerzo por el que debemos dar gracias a los devotos y vecinos, al cuantos han insistido en la apertura de la causa y en la devoción, en el Delegado Diocesano para las Causas de los Santos y Vicario Judicial, al Postulador, y al Cardenal Prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos del Vaticano, Emmo. y Rvdm. Sr. Cardenal Angelo Becciu, que han autorizado la apertura.

Esta causa se abre en la Diócesis cuando el Papa Francisco, con la exhortación *Gaudete et Exultate* –“Alegraos y regocijaos”— ha puesto en la palestra de la actualidad la reflexión sobre la santidad en la Iglesia. La conocida llamada a la santidad que el Concilio Vaticano II hizo popular en la Iglesia y fue reiterada a todas horas en la predicación, fue orillándose después imperceptiblemente por tantos desafíos pastorales y otros asuntos, de los muchos que sucesivamente reclaman nuestra atención, pero ahora ha recuperado su protagonismo súbitamente, en este preciso momento de la historia donde, posiblemente, perdía novedad y empuje.

La santidad es un concepto que también, a fuerza de ser usado, puede perder su verdadero significado y su capacidad de transformación interior. No obstante, como nos dice el Papa, la santidad es el amor vivido con la fuerza del Espíritu Santo, y sólo los santos cambian la historia, pues sólo de los santos, sólo de Dios, viene la verdadera revolución, el modo definitivo de cambiar el mundo. Ellos son los verdaderos reformadores.

Recordar al P. Metola ha de ser un aldabonazo que nos recuerde a los cristianos de hoy, tal vez demasiado adormecidos e instalados en un cierto aburguesamiento espiritual, nuestra vocación más profunda: "Sed santos, como el Padre celestial es santo" (Mt 5,48). El Señor “nos eligió para ser santos e irreprochables ante él por el amor” (Ef 1,4). “Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación” (1 Tes 4,3). Que todos estamos llamados a la santidad “significa vida inmersa en el Espíritu, apertura de corazón a Dios, oración constante, humildad profunda y caridad fraterna”. Nada tan dinámico como la vida nueva de Jesús en nosotros, siempre en crecimiento, renovándonos en el seguimiento del Señor.

El P. Jandilla nos recuerda que cada uno tenemos un camino propio de santidad. Lo señala el Papa Francisco. Presentar la santidad es ahora más que nunca una urgencia pastoral que exige mostrar a la Iglesia como esposa de Cristo que nos da el don de la santidad (cf. NMI 30). Es una vida habitada por la

fe y la caridad, alimentada por la oración, en conformidad con el Evangelio, en comunión con la Iglesia y donde se ha elegido la Cruz, donde se encarna y se hace atractivo el mensaje del Evangelio. Debemos recordar también, ante la llamada de la Iglesia a evangelizar, que las metodologías y demás cuestiones prácticas siguen siendo secundarias ante la fuerza del testimonio, la “pedagogía de la santidad” (Cf. Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*), y la densidad de una vida teologal que se alimenta de la Palabra de Dios, la vida sacramental y el compartir fraterno, lo que conduce al don radical de sí mismo. En el cristianismo, la verdadera fecundidad es sacrificial y pascual. Los más grandes evangelizadores han sido los santos. Desde este punto de vista, el testimonio evangélico de una vida consagrada a Dios y a los demás, como la del P. Jandilla, es un trampolín para la misión. Una vida convertida que convierte nos recuerda las postrimerías, los “novísimos”, es decir, la esperanza del mundo futuro que ya está presente a través del testimonio de vida santa, y, en este caso, de la santidad sacerdotal y los consejos evangélicos.

También el sacerdote, cada sacerdote, ha de ser santo. Aunque está llamado a la caridad y santidad como todos los fieles, vive su vocación a la santidad “caracterizada, plasmada y definida, por aquellas actitudes y comportamientos que son propios de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, y que se compendian en su caridad pastoral” (PDV 21). La consagración sacerdotal va unida a una especial obligación de “alcanzar la perfección” que le asemeja a “la perfección de Aquel a quien representa”; “la santidad de Aquel que fue hecho para nosotros pontífice santo, inocente, sin mácula y separado de los pecadores (Heb 7,26)” (PO 12). En el ejercicio de la caridad pastoral está el “vínculo de la perfección sacerdotal” que unifica vida y acción, el amor a Cristo y el celo por la salvación de los hombres (cf. PDV 23a; PO 14). Por tanto, nuestra respuesta personal al Señor como sacerdotes es secundar la llamada a la santidad, acogiendo la exhortación de San Pablo a reconciliarnos con Dios (2Cor 5,20), apartando lo que nos separa de El o lo que contradice nuestra vocación y misión, y siguiendo el camino de las bienaventuranzas. El reto de la santidad sacerdotal condiciona, como sabemos, la respuesta a los importantes desafíos misioneros actuales –antropológicos, intelectuales, culturales, educativos, etc.— y para lograr la conversión pastoral de nuestras comunidades y de sus actividades más concretas. Pero, sobre todo, para dar respuesta a los desafíos espirituales, —al «olvido de Dios» y a los desiertos interiores causados por el materialismo y el hedonismo— reflejados después en la búsqueda continua del ego, o en ciertas escapatorias hacia espiritualidades salvajes y secretas. Los sacerdotes no evangelizamos desde el exterior, sino colocándonos en el corazón del mundo amado por Dios y “amado hasta el extremo” (Jn 13: 1). El discípulo del Señor no puede eludir que su “estar en el mundo” requiere la presencia en este mundo y en este momento, una presencia que moviliza corazón y mente.

El P. Metola nos alienta a responder hoy a la llamada a la santidad y hace que posemos la mirada sobre Dios, sobre la Iglesia y sobre el mundo. Reavivar la fe supone adoptar una mirada sobre el estado del mundo y de la Iglesia, no sólo realista sino fundamentalmente teológica. Se invita al cristiano a ver como Dios ve, a ver las cosas a partir de Dios, con una mirada un tanto descentrada de uno mismo. Dios lo cambia todo: el cristiano entiende que no puede dejarse llevar por lo que el mundo dice de sí mismo, lo que la observación y el análisis

se utiliza para saber y entender; debe dejar que sus ojos se vuelvan a Dios para ver el mundo a través de unos ojos que son siempre los mismos. El cristiano ha de tener un profundo conocimiento de su vocación de convertirse en un "vigilante" en el corazón del mundo, un vigilante que ha aprendido a ver hasta la profundidad de la noche y exige una mirada "nacida de lo alto". El discípulo del Señor no puede eludir que su "estar en el mundo" requiere la presencia en este mundo y en este momento, una presencia que moviliza corazón y mente. La santidad no puede alcanzarse al margen de la entrega a los demás. Una vida espiritual auténtica, afirma el Papa, es siempre aquella que transforma la existencia humana a la luz de la misericordia y conduce a un mayor compromiso con el prójimo, la familia y los cercanos, los emigrantes, pobres y necesitados.

La santidad es crucial porque es el rostro real de la Iglesia. Sólo los santos cambian la historia. Es siempre una llamada fuerte, una oportunidad para no perderse la alegría del amor de Dios. Los santos nos fascinan. Ellos tejen el tejido de la Iglesia con el hilo de oro de la caridad de Dios. La humanidad admira su trayectoria y su virtud como faro luminoso que eleva las posibilidades del hombre por encima de lo precario y lo vulgar, provocándonos a hacer el bien. Transparentan la gracia de Dios y nos recuerdan a Cristo. Son protagonistas de la historia, impulsores de lo bueno, testigos creíbles de la fe. Cuantos nos han precedido con una vida santa nos invitan siempre a mirar hacia lo alto y, como ciudadanos del cielo, meditar sobre la plenitud de la vida divina que nos espera.

Demos gracias a Dios por la vida ejemplar del P. Francisco González Metola y difundamos la devoción pidiendo favores y milagros por intercesión suya para que un día no lejano, si así Dios lo quiere, podamos ver en los altares a este sacerdote ejemplar, modelo de identificación con Cristo y de vida sacerdotal, conocido y admirado entre nosotros, donde hizo tanto bien, para gloria de Dios y bien de la Santa Iglesia.

Muchas gracias.